



Catequesis de Casitas de oración (para adultos)

Semana del 28 de julio al 03 de agosto de 2019. Domingo XVII del Tiempo Ordinario

La Iglesia es apostólica

1.- La Palabra de Dios:

1ª Lectura: Gen 18,20-32: No se enfade mi Señor, si sigo hablando

Salmo: 137, 1-2a.2bc-3.6-7ab.7c-8: Cuando te invoqué, Señor, me escuchaste

2ª Lectura: Col 2,12-14: Les dio la vida en Cristo, perdonándoles todos los pecados

Evangelio: Lc 11,1-13: Pidan y se les dará

Monición: La Liturgia de esta semana nos invita a orar con audacia, con confianza y con insistencia. En la primera lectura vemos cómo, después de que el Señor revela a Abraham su deseo de destruir la ciudad de Sodoma, el profeta intercede por el pueblo en un “regateo” muy diplomático, insistente y hasta simpático, gracias al cual va obteniendo cada vez mayor misericordia del Señor para con esa población.

Aquí se exalta la fuerza de la intercesión y de la bendición que los justos pueden obtener del Señor en favor de la colectividad, por su oración perseverante.

El Salmo es una oración de acción de gracias a Dios, precisamente porque escucha nuestras plegarias *“siempre que te invocamos, nos oíste, y nos llenaste de valor (...) tu Mano, Señor, nos pondrá a salvo, y así concluirás en nosotros tu obra.”* ¡Qué importante es recordar que, nosotros mismos, somos Obra de Dios! aunque a veces no parezcamos...

En el Evangelio, primero Jesús nos enseña el Padrenuestro, un modelo de oración esencialmente comunitario, y luego nos relata la “parábola del amigo inoportuno”, que releeremos ahora. También se nos habla del poder de la oración y de cómo Dios se deja conmover por un ruego perseverante, cuando entendemos lo que le estamos diciendo y no repetimos las palabras sin pensar. Nos ponemos de pie y escuchemos con atención:

Del Santo Evangelio según San Lucas (Lc 11,1-13) +++ Gloria a ti, Señor

Un día estaba Jesús orando en cierto lugar. Al terminar su oración, uno de sus discípulos le dijo: “Señor, enséñanos a orar, como Juan enseñó a sus discípulos.”

Les dijo: “Cuando recen, digan: Padre, santificado sea tu Nombre, venga tu Reino.

Danos cada día el pan que nos corresponde.

Perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todo el que nos debe. Y no nos dejes caer en la tentación.”

Les dijo también: “Supongan que uno de ustedes tiene un amigo y va a medianoche a su casa a decirle: ‘Amigo, préstame tres panes, porque un amigo mío ha llegado de viaje y no tengo nada que ofrecerle’. Y el otro le responde a usted desde adentro: ‘No me molestes; la puerta está cerrada y mis hijos y yo estamos ya acostados; no puedo levantarme a dártelos’. Yo les digo: aunque el hombre no se levante para dárselo porque usted es amigo suyo, si usted se pone pesado, al final le dará todo lo que necesita.

Pues bien, yo les digo: Pidan y se les dará, busquen y hallarán, llamen a la puerta y les abrirán. Porque todo el que pide recibe, el que busca halla y al que llame a la puerta, se le abrirá. ¿Habría un padre entre todos ustedes, que dé a su hijo una serpiente cuando le pide pan? Y si le pide un huevo, ¿le dará un escorpión? Si ustedes, que son malos, saben dar cosas buenas a sus hijos, ¡cuánto más el Padre del Cielo dará espíritu santo a los que se lo pidan!”

Palabra del Señor / Gloria a Ti, Señor Jesús.

2.- Referencias para la mejor comprensión del Evangelio:

¡Qué lindo es ver, aunque sea de paso, a Jesús orante y a sus discípulos deseosos de aprender a orar...!

La semana pasada. Al contemplar y meditar sobre la escena de Jesús con Marta y María, ya adelantábamos el tema de la oración, como origen, centro y fin de nuestra vida apostólica. Sí, decimos bien: la oración no es sólo la base de la acción apostólica y un medio de santificación, sino también un fin en sí misma, en la medida en que es diálogo y Comunión con Dios: una prefiguración de lo que nos espera en la vida futura.



Catequesis de Casitas de oración (para adultos)

En el trabajo que realizamos, preparando con mucho cariño estas catequesis para las Casitas de Oración, rezamos, revisamos lo que hemos escrito antes, buscamos nuevo material, lo leemos, reflexionamos, volvemos a orar, tomamos ideas de aquí y de allá, las hilvanamos, aportamos cosas que nos van surgiendo en la mente y el corazón, en la medida en que profundizamos sobre la materia, etcétera.

Aunque siempre tomamos como base las catequesis elaboradas por nosotros, para nuestra espiritualidad y de acuerdo con nuestro carisma, en años anteriores, siempre hay cosas nuevas, y siempre es un trabajo muy enriquecedor y gratificante.

Estábamos volviendo a realizar ese proceso ahora, para reformular esta catequesis, dudando sobre si volver a tomar una Homilía del Papa Juan Pablo II, que nos había servido íntegramente para reflexionar en años anteriores sobre la oración, cuando el Espíritu Santo nos llevó a encontramos con una reflexión muy reciente del papa Francisco, que decidimos tomar casi por completo para nuestra catequesis de hoy.

Se trata de un texto leído por Francisco el pasado 31 de mayo (hace apenas dos meses) a modo de “saludo y mensaje” al Patriarca Daniel, máxima autoridad de la Iglesia Ortodoxa Rumana, al Sínodo Permanente que nuclea a los Metropolitanos y Obispos de esa Iglesia, y al pueblo de Dios que peregrina en aquel país, mayoritariamente Cristiano Ortodoxo, que el Papa visitó por segunda vez entre los últimos días de mayo y los primeros de junio de este año, en el marco de sus ya conocidos esfuerzos por avanzar en el diálogo ecuménico e interreligioso.

El acto tuvo lugar en la Catedral Ortodoxa de la Salvación del Pueblo, donde se rezó el Padre Nuestro en latín y en rumano, como signo de unión entre ambas religiones cristianas.

A través de este “saludo”, que a continuación reproduciremos casi por completo, el Santo Padre va analizando las invocaciones del Padre Nuestro, al mismo tiempo que reflexiona y pide ayuda a Dios, para mejorar en los aspectos que necesitamos, especialmente en lo referente a la COMUNIÓN, que tanta falta nos hace también a nosotros como Apostolado.

Fíjense cómo, aunque está hecho nada menos que para tratar de reconciliar a dos iglesias separadas, también puede servirnos para avanzar en la unidad con nuestros hermanos de comunidad. Pedimos al Señor que su lectura sea de mucho provecho para todos nosotros. Inicia el mensaje:

“Hoy queremos elevar, los unos junto a los otros, desde el corazón de este país, la oración del Padrenuestro. En ella está contenida nuestra identidad de hijos y, hoy de manera particular, de hermanos que rezan uno al lado del otro.

La oración del Padrenuestro contiene la certeza de la promesa hecha por Jesús a sus discípulos: ‘No los dejaré huérfanos’ (Juan 14,18), y nos brinda la confianza para recibir y acoger el don del hermano.

Por eso, quisiera compartir algunas palabras como preparación para la oración que pronunciaré por nuestro camino de fraternidad, y para que Rumania siempre pueda ser hogar de todos, tierra de encuentro, jardín donde florezca la reconciliación y la comunión.

Cada vez que decimos “Padre nuestro” reiteramos que la palabra Padre no puede ir sin decir nuestro. Unidos en la oración de Jesús, nos unimos también en su experiencia de amor y de intercesión que nos lleva a decir: ‘Padre mío y Padre vuestro, Dios mío y Dios vuestro’ (Cfr. Jn 20,17). Es la invitación a que lo ‘mío’ se transforme en ‘nuestro’ y lo nuestro se haga oración.

Ayúdanos, Padre, a tomar en serio la vida del hermano, a hacer nuestra su historia. Ayúdanos, Padre, a no juzgar al hermano por sus acciones y sus límites, sino a acogerlo sobre todo como hijo tuyo. Ayúdanos a



Catequesis de Casitas de oración (para adultos)

vencer la tentación de sentirnos como hijos mayores, que a fuerza de estar en el centro, se olvidan del don que es el otro (Cfr. Lc 15,25-32).

A ti, que estás en el cielo, un cielo que abraza a todos y en el que haces salir el sol sobre buenos y malos, justos e injustos (Cfr. Mt 5,45), te pedimos aquella concordia que en la tierra no hemos sabido custodiar. Te la pedimos por intercesión de tantos hermanos y hermanas en la fe que viven juntos en tu Cielo, después de haber creído, amado y sufrido mucho, incluso en nuestros días, por el simple hecho de ser cristianos.

Como ellos, también nosotros queremos santificar tu nombre, poniéndolo en el centro de todos nuestros intereses. Que sea tu nombre, Señor, y no el nuestro, el que nos mueva y despierte a vivir la caridad.

¡Cuántas veces, mientras oramos, nos limitamos a pedir gracias y a enumerar peticiones, olvidándonos que lo primero es alabar tu nombre, adorarte, para poder reconocer en la persona del hermano que nos has puesto al lado tu vivo reflejo! En medio de tantas cosas que pasan y por las que nos afanamos, ayúdanos, Padre, a buscar lo que permanece: tu presencia y la del hermano.

Estamos a la espera de que venga tu reino: lo pedimos y lo deseamos, porque vemos que las dinámicas del mundo no lo facilitan. Dinámicas orientadas por la lógica del dinero, de los intereses, del poder.

Cuando nos encontramos sumergidos en un consumismo cada vez más desenfrenado, que cautiva con resplandores deslumbrantes pero efímeros, ayúdanos, Padre, a creer en lo que imploramos: a renunciar a las cómodas seguridades del poder, a las engañosas seducciones de la mundanidad, a las vanas presunciones de creernos autosuficientes, a la hipocresía de guardar las apariencias. De esta manera, no perderemos de vista ese Reino al que tú nos llamas.

Hágase tu voluntad, no la nuestra. 'La voluntad de Dios es que todos se salven' (decía San Juan Casiano, en Colaciones, IX,20). Necesitamos, Padre, ampliar nuestros horizontes para no reducir a nuestros límites tu misericordiosa voluntad de salvación, que quiere abrazar a todos.

Ayúdanos, Padre, enviándonos como en Pentecostés al Espíritu Santo, autor de la valentía y del gozo, para que nos aliente a anunciar la alegre noticia del evangelio más allá de los límites de nuestra pertenencia, lenguas, culturas y naciones.

Todos los días necesitamos de él, nuestro pan de cada día. Él es el pan de vida (Cfr. Jn 6,35.48), que nos hace sentir como hijos amados y que alivia toda nuestra soledad y orfandad. Él es el pan del servicio: que, partiéndose para hacerse nuestro siervo, nos pide que nos sirvamos los unos a los otros (Cfr. Jn 13,14). Padre, mientras nos das el pan de cada día, alimenta en nosotros el anhelo por nuestro hermano, la necesidad de servirlo...

Pidiéndote el pan de cada día, te imploramos también el pan de la memoria, la gracia de que fortalezcas las raíces comunes de nuestra identidad cristiana, indispensables en este tiempo en el que la humanidad, y las jóvenes generaciones en particular, corren el riesgo de sentirse desarraigadas en medio de tantas situaciones líquidas, incapaces de cimentar la existencia.

Que el pan que pedimos, con su larga historia, que va desde la siembra hasta la espiga, de la cosecha hasta la mesa, nos inspire el deseo de ser pacientes cultivadores de comunión, que no se cansan de hacer germinar semillas de unidad, de dejar crecer el bien, de trabajar siempre al lado del hermano: sin sospechas y sin distancias, (...) en la convivencia de las diferencias reconciliadas.

El pan que pedimos hoy es también el pan del que muchos carecen cada día, mientras que unos pocos poseen lo superfluo.



Catequesis de Casitas de oración (para adultos)

El Padrenuestro no es una oración que tranquiliza, sino un grito ante las carestías de amor de nuestro tiempo, ante el individualismo y la indiferencia que profanan tu nombre, Padre. Ayúdanos a tener hambre de darnos. Recuérdanos, cada vez que rezamos, que para vivir no tenemos necesidad de conservarnos, sino de partirnos; de compartir, en vez de atesorar; de sustentar a los demás, en lugar de saciarnos a nosotros mismos, porque el bienestar es tal si pertenece únicamente a todos.

Cada vez que rezamos pedimos que nuestras ofensas sean perdonadas. Se necesita valor, porque al mismo tiempo nos comprometemos a perdonar a los que nos han ofendido. Debemos, por tanto, encontrar la fuerza para perdonar de corazón al hermano (Cfr. Mt 18,35) como tú, Padre, perdonas nuestros pecados, para dejar atrás el pasado y abrazar juntos el presente.

Ayúdanos, Padre, a no ceder al miedo, a no ver la apertura como un peligro; a tener la fuerza para perdonarnos y caminar, el valor de no contentarnos con una vida tranquila, y a buscar siempre, con transparencia y sinceridad, el rostro del hermano.

Y cuando el mal, agazapado ante la puerta del corazón (Cfr. Gen 4,7), nos induzca a encerrarnos en nosotros mismos; cuando la tentación de aislarnos se haga más fuerte, ocultando la sustancia del pecado, que es alejamiento de ti y de nuestro prójimo, ayúdanos nuevamente, Padre. Anímanos a encontrar en el hermano el apoyo que tú pusiste a nuestro lado para caminar hacia ti, y tener el valor de decir juntos: "Padre nuestro". Amén. (Francisco. Rumania, 31 de mayo de 2019).

3.- Preguntas para orientar la reflexión:

- a) Cuando rezo el Padrenuestro, ¿medito cada frase que le digo a Dios Padre, o repito las palabras sin pensar? ¿Qué es, para mí, lo más novedoso o importante de este mensaje del Papa Francisco que acabamos de leer?
- b) Al rezar en comunidad, ¿lo hago armónicamente con mis hermanos, o pienso sólo en mi oración, me adelanto o me atraso, trato de destacarme de alguna manera, etcétera?
- c) Al enseñarnos a decir "Padre **Nuestro**", Jesús nos invitaba a recordar a diario que somos HERMANOS, para que nos tratemos verdaderamente como tales... Sinceramente: ¿cómo lo estoy haciendo?
- d) ¿Cómo santifico yo el nombre de Dios? ¿Qué hago, concretamente, para que sea santificado?
- e) ¿Hay un equilibrio entre la confianza y el respeto de mi parte hacia Dios? ¿Le pido sólo cosas buenas?
- f) ¿Pido en mi oración por las necesidades no materiales (espirituales, mentales, afectivas, etcétera) mías y de los demás? ¿Le pido que me ayude a convertirme, a ser mejor, a amar profundamente a los demás, como Cristo nos amó?
- g) ¿He pensado alguna vez antes que, pidiendo el don del Espíritu Santo, no necesito pedir más?
- h) ¿Hago con frecuencia oraciones que sólo sean de alabanza a Dios...?

4.- Comentarios de los hermanos:

Luego de un momento de silencio, se concede la palabra a los participantes de la Casita para que expresen sus opiniones. Como siempre, se buscará la participación de todos.

5.- Concordancias del Evangelio con el Catecismo: Cánones 2759-2776, 2777-2865

2762 Después de haber expuesto cómo los salmos son el alimento principal de la oración cristiana y confluyen en las peticiones del Padre Nuestro, San Agustín concluye:

Recorred todas las oraciones que hay en las Escrituras, y no creo que podáis encontrar algo que no esté incluido en la oración dominical (ep. 130,12, 22).

2763 Toda la Escritura (la Ley, los Profetas y los Salmos) se cumple en Cristo (Cfr. Lc 24,44). El Evangelio es esta "Buena Nueva". Su primer anuncio está resumido por San Mateo en el Sermón de la Montaña (Cfr. Mt 5-7). Pues bien, la oración del Padre Nuestro está en el centro de este anuncio. En este contexto se aclara cada una de las peticiones de la oración que nos dio el Señor:



Catequesis de Casitas de oración (para adultos)

La oración dominical es la más perfecta de las Oraciones... En ella, no sólo pedimos todo lo que podemos desear con rectitud, sino además según el orden en que conviene desearlo. De modo que esta oración no sólo nos enseña a pedir, sino que también forma toda nuestra afectividad (Santo Tomás de A., s. th. 2-2, 83, 9).

2765 La expresión tradicional “Oración dominical” [es decir, “Oración del Señor”] significa que la oración al Padre nos la enseñó y nos la dio el Señor Jesús. Esta oración que nos viene de Jesús es verdaderamente única; es la oración “del Señor”. Por una parte, en efecto, por las palabras de esta oración el Hijo único nos da las palabras que el Padre le ha dado (Cf. Jn 17, 7): El es el Maestro de nuestra oración. Por otra parte, como Verbo encarnado, conoce en su corazón de hombre las necesidades de sus hermanos y hermanas los hombres, y nos las revela: es el Modelo de nuestra oración.

2776 La Oración dominical es la oración por excelencia de la Iglesia. Forma parte integrante de las principales Horas del Oficio divino y de la celebración de los sacramentos de la iniciación cristiana: Bautismo, Confirmación y Eucaristía. Inserta en la Eucaristía, manifiesta el carácter “escatológico” de sus peticiones, en la esperanza del Señor, “hasta que venga” (1Cor 11,26).

2777 En la liturgia romana, se invita a la asamblea eucarística a rezar el Padre Nuestro con una audacia filial; las liturgias orientales usan y desarrollan expresiones análogas: “Atrevemos con toda confianza”, “Haznos dignos de”. Ante la zarza ardiendo, se le dijo a Moisés: “No te acerques aquí. Quita las sandalias de tus pies” (Ex 3,5). Este umbral de la santidad divina, sólo lo podía franquear Jesús, el que “después de llevar a cabo la purificación de los pecados” (Heb 1,3), nos introduce en presencia del Padre: “Hemos aquí, a mí y a los hijos que Dios me dio” (Heb 2,13):

La conciencia que tenemos de nuestra condición de esclavos nos haría meternos bajo tierra, nuestra condición terrena se desharía en polvo, si la autoridad de nuestro mismo Padre y el Espíritu de su Hijo, no nos empujasen a proferir este grito: ‘Abbá, Padre’ (Rom 8,15)... ¿Cuándo la debilidad de un mortal se atrevería a llamar a Dios Padre suyo, sino solamente cuando lo íntimo del hombre está animado por el Poder de lo alto? (San Pedro Crisólogo, serm. 71).

2865 Con el “Amén” final expresamos nuestro “fiat” respecto a las siete peticiones: “Así sea”.

6.- Reflexionando con la Gran Cruzada:

MAN 123 Yo oro junto a ustedes el Padre Nuestro. Hijitos ¿Cómo se atreven a recitar “perdona nuestros pecados, así como nosotros perdonamos a los que nos ofenden?” Repiten esta oración sin meditarla, sin ver que se están condenando al pedir un perdón que no están dispuestos a dar.

Profundicen en esta enseñanza, en esta reflexión que acaban de trabajar... Dedíquense una hora, dos, diez, una o muchas noches para alcanzar a comprender, ¡cuánto valoro y cuánto deben valorar la palabra “Perdón”!

7.- Virtud del mes: Durante el mes de julio, practicamos la virtud de la **Fe** (Catecismo de la Iglesia Católica: 1666—2609—2690—2087—2088—2089)

Esta Semana veremos el canon 2087, que dice lo siguiente:

2087 Nuestra vida moral tiene su fuente en la fe en Dios que nos revela su amor. S. Pablo habla de la “obediencia de la fe” (Cfr. Rom 1,5; 16,26) como de la primera obligación. Hace ver en el “desconocimiento de Dios” el principio y la explicación de todas las desviaciones morales (Cfr. Rom 1,18-32). Nuestro deber para con Dios es creer en Él y dar testimonio de Él.

Y La Gran Cruzada nos dice al respecto:

CM 20 ¿Has observado que, al amanecer, cuando hay poca luz, hasta que no asoman los rayos del sol, no vuelve la vida a la tierra?

Es justamente lo que ocurre al hombre cuando está en duda, como si Yo dejara de enviarle Mis rayos benéficos. En Mí no hay movimiento o rotación como en el sol y en la tierra, pues Soy siempre e



Catequesis de Casitas de oración (para adultos)

inamoviblemente luminoso; es la criatura la que no sabe dirigirse a Mí y sólo por esto no recibe Mis rayos. No serán siempre rayos que producen alegría, pero un hecho es cierto, que Yo siempre los ilumino aun cuando no lo adviertan. La diferencia está no en Mí, sino en ustedes que, a veces reciben Mi Luz con alegría y a veces sin séquito de alegría.

... ¿Quieren ejercitar la Fe, o bien quieren siempre el pleno mediodía? ¿Y de qué les serviría? Se arruinarían y casi seguramente serían arrastrados por Satanás a la soberbia que lo tiene atado en su reino oscuro y perpetuamente frío.

Yo sé lo que les conviene, déjenme hacer, no los dejen solos, no, no los dejen nunca...

8.- Propósitos Semanales:

Con el Evangelio: Buscaré unos minutos de soledad cada día, para repetir una vez el Padrenuestro, meditando cada palabra que pronuncio, especialmente, con clave COMUNITARIA, como aprendimos hoy junto al Papa Francisco. Intensificaré mis tiempos de oración espontánea, de plática personal con Dios, de escucharle...

Con la virtud del mes: Aceptaré con humildad y paciencia si el Señor no me da (o no me muestra) lo que le pido, entendiendo, por medio de la FE, que es por mi bien.

9.- Comentarios finales: *Se concede nuevamente la palabra para referirse brevemente a los textos leídos (del Catecismo o de la Gran Cruzada) o a cualquier otro tema de interés para la Casita, para el Apostolado o para la Iglesia en general.*